



LA
mariología
DE LOS
hombres
cultos

Carlos Muñiz S. J.

SON dos magníficos poetas españoles los que se han encarado, más o menos conscientemente, con el problema. No importa que uno de ellos lo haga en seria prosa, como corresponde a un catedrático de Estética que da una doctrina, aunque sea teológica. El hecho, hermoso y ejemplar, es éste: los poetas han intuído, con claridad y viveza, que en la mariología les va algo a los hombres cultos de nuestro tiempo; algo esencial y definitivo, que muchos, aun sacerdotes, no han adivinado suficientemente. La actitud y las afirmaciones de estos poetas nos llevan a intentar una reflexión sobre el problema. No es la primera vez que en teología es el poeta el que levanta la caza, para que el hombre de ciencia, el teólogo, sepa hacia dónde apuntar el tiro o tender el lazo.

José María Valverde,
o la desmitificación de la mariología

El artículo apareció en "Ya"; hace meses, por la fiesta de la Inmaculada. Escueto, ponderado, es un alegato en contra de "esa idea angelical, poco humana y menos meritoria, de María como *previamente avisada de todo*". Le parece a Valverde que esta posición de la mariología en uso es un obstáculo, difícilmente remontable, para que los hombres cultos entren de lleno en la

teología y en el catolicismo. Habría que bajar un poco a la Señora de esa altura mítica en que se la ha colocado, como en paridad con Cristo; de ese “nublarla en apoteosis espiritualistas”. Sólo así, concluye Valverde, “la voz del hombre de hoy se atrevería a seguir adelante en su invocación: *ruega por nosotros*”. La razón es que “el hombre de hoy quiere encontrar a María como Madre de Dios y madre suya, como puerta de Jesús, no como campo aparte, ni mucho menos como atajo escondido o *hilo directo* con el cielo, en forma pseudomítica de curanderismo o *supersacramento*”. Y recuerda el caso de Newman, quien confesó, por dos veces, que, en su camino hacia Roma, se habían interpuesto, como tropiezo, “ciertas formas inadecuadas de la devoción popular católica a María”.

Tiene razón Valverde. Nos sobran muchas cosas —luego las concretaremos más al hablar sobre nuestro segundo poeta, Aquilino Duque— en la mariología. Hay que ir pensando en quemar, como rastrojo inútil, ese cúmulo de baratijas teológicas que cierta devoción popular, no siempre bien orientada, le cuelga a nuestra Señora. Creo que en esto, como en otras muchas cosas, todos estamos más o menos de acuerdo con el profundo sentido católico del articulista.

Hay algo, sin embargo, en lo que me permito disentir. Me parece que Valverde quiere hacer una tala excesiva en el tronco espeso de la mariología. Me resisto sencillamente a creer que al hombre culto se le haya de dar el dogma mariano en seco, sin *floreциllas*. Florecillas que, en algún caso, pueden ser flores de auténtico valor histórico y teológico. Quizá no sean precisamente las afirmaciones devotas de la tradición —con tal de que sean sensatas— lo que sobra, lo que estorba, lo que aparta de Roma. Quizás la raíz del problema sea más profunda.

No veo —y me remito al ejemplo que trae Valverde, citando a Romano Guardini— la necesidad de prescindir de la tradición jugosa del “voto de cas-

tidad” de María, antes de su matrimonio con José; sentencia, por lo demás, común entre los teólogos, salvo contadas excepciones. Sin interés de entrar ahora en la cuestión, me limito a poner en duda la necesidad, y aun la oportunidad, de silenciarla, de echarla a un lado, como un inconveniente, un estorbo. ¿Es posible que los hombres cultos puedan tropezar en cosas como éstas?

Aparte de que no se deben medir todas las tradiciones con el mismo patrón, como si todas fuesen leyendas pías. El mismo caso que apunta Valverde, el del voto de virginidad de Nuestra Señora, no es una tontería devota, sino, como digo, sentencia común entre los teólogos. Ni vale gran cosa la objeción de Guardini: “Referirse a una especial indicación de Dios sería demasiado barato”. Uno tiene la impresión de que nuestro Dios está hecho a abaratar las cosas trascendentes, a dar estos saltos históricos, estas roturas de estratos sociales y teológicos. Desde el momento que Dios *entra en la historia* —idea muy del gusto de Guardini— hay una revolución de valores; tiembla todo, se disloca, se distorsiona y busca otra dimensión. Dios escoge a un hombre, a un pueblo, a una institución, para que, a modo de profeta, ejecute la revolución de valores, la nueva economía. Sobran ejemplos en los dos Testamentos y en la historia de la Iglesia. ¿Será entonces muy absurdo admitir la posibilidad de que la virginidad se nos metiera en el mundo por una iluminación directa del Altísimo? No es tan bagatela esta idea de la virginidad dentro del cristianismo como para pensar que el recurrir a esos procedimientos extremos y sobrenaturales es una ridiculez, un abaratar la Providencia. Incluso, tal vez, haya muchos hombres de cultura a quienes conmuevan estas benditas tradiciones, estos aromas, estas flores, estas pequeñas exquisiteces que la tradición —aunque sólo fuera la tradición popular— ve en la infancia, en la juventud, en la vida entera de Nuestra Señora. Es una condición del amor esta complacencia

en las cosas leves, menudas y secretas de la persona amada, en las *floreceillas* de juventud e infancia. El mismo Valverde, maravilloso poeta, ha escrito en otra ocasión :

*“Tu antiguo corazón adolescente
repósalo en mis manos y que se abra
en historias, aromas muertos,
campanas y ecos de campanas.
Vienes hasta hoy para contarme,
bajas desde los montes de tu infan-
cia,
el delantal lleno de flores...
...Descansa
tu desamparo en el mío, contándome
tu edad de niña, sin palabras”.*

Quizás muchos de estos neocristianos quieran conocer a fondo las cosas más menudas y sencillas de la Madre; volver

*“soñándolas despacio
a las fugaces cosas que dejabas
apenas rozadas; no queden
allá, a medio exprimir, como na-
ranjas”*

No, no es una mariología a medio jugo, seca, lo que necesitan los hombres. La dificultad de su entrada en la mariología y en el catolicismo no está en el exceso de dulzura y jugosidad. No hay que exprimir la naranja hasta dejarla en lo esencial. La dificultad está, a mi juicio, en algo más profundo. Algo que tal vez nos aclare la meditación sobre los versos de otro gran poeta español de nuestros días.

Aquilino Duque y el «supersacramento»

Aquilino Duque es un poeta andaluz. No importa que recientemente le hayan galardonado con el premio “Ciudad de Sevilla” de novela. Por encima de todo, Aquilino es un poeta, aun cuando escriba en prosa.

Hace unos meses me remitió unos versos. Son terribles estos poetas de Andalucía cuando se embarcan en una li-

teratura intelectualista. Están tan hechos a cantar que, a la hora de la reflexión, difícilmente se olvidan del *duende* y el *melisma*, supremas categorías de su cante individual, anárquico. Su poesía social o filosófica está hecha a manotazos y golpes de corazón, como una zambra. La inquietud religiosa les rezuma por porosidades difusas e inesperadas. Para el catador de poesía son exquisitos, como un caldo jerezano. Pero el teólogo, o el filósofo, encuentra en ellos, como el químico en los vinos, una inquietante fermentación de jugos puros.

No deja de ser curioso, desde luego, que esta poesía mariológica a la que voy a referirme, la escriba Aquilino en el Puerto de Santa María, a orillas del mar de Alberti, un genial descarrado en los cauces difíciles de la poesía intelectualista. Un cauce que, afortunadamente —y con perdón de Montesinos— no nos va muy bien a los andaluces.

La poesía a que aludo describe la salida de la Virgen de los Reyes en la mañanita del agosto sevillano. Quien haya vivido este momento en la tierra de María Santísima, no negará al poeta un acierto estupendo en la “composición de lugar”. El fervor mariano de Sevilla tiene tres o cuatro nervios sueltos a cuya pulsación siempre responde. Aquilino ha tocado el que, con la Inmaculada, es más profundo. Los versos salen llenos, cargados de unción mariana. Digo los versos, no las ideas. Porque la verdad es que la mentalidad que las informa no deja de preocuparme. Y no porque el poeta de la Sierra, gran amigo mío desde chiquillos, pueda tener las ideas poco claras en este asunto. Bastaría una carta y él rectificaría con gusto. Lo que me hace temblar, lo que nos hace temer a muchos, es el hecho de que estos versos responden a una mentalidad mariológica, quizás extendida entre nuestros cristianos, incluso entre nuestros hombres cultos. La Virgen María es, tal vez, para ellos una especie de pararrayos elemental, en continua alerta ante la amenaza y las iras del Omnipotente. Sobre la figura leve y

ofrecida de la Madre, descargan, con obstinación e insistencia, los rayos atornadores y desconcertantes de un Dios a la griega, con aljaba de fuego sobre el hombro para vengar ofensas. María viene a ocupar el sitio que dejaron vacante Moisés y los Profetas, aquellos viejos robles de raíces bien atenazadas a la tierra, que se ofrecían como víctimas e intermediarios entre Dios y los hombres.

*“Si no fuera
por tí que te interpones,
Madre, ¡lo que sería de nosotros!”.*

Una intercesión laboriosa, desde luego. Todo mediador —y en esto nuestro poeta es más teológico de lo que se figura— necesita una actitud de propia entrega, de sumisión, casi de riesgo, hasta lograr cumplir su difícil vocación de limador de aristas y estridencias. Así, a ojos vista, salta, provocador, el contraste entre un Señor airado, al que se debe aplacar, y un mediador humilde, que apacigua.

*“Ya sabemos
los apuros que pasas en la compra,
en tanto que El invierte los millones
en la organización de un cataclismo”.*

Volvemos, pues, al Dios terrible, despegado y orgulloso, del paganismo. Un Dios de lejanías, con un exceso de trascendencia, según el patrón de Calvino o de Jansenio. Un Dios al que no se le ama: se le teme simplemente. Por eso Ella, la Madre, se lleva nuestro corazón. Ella es más humana; es, como dijo Dámaso Alonso, “una gran ternura”. Nos trata como a hijos. Dice Aquilino:

*“Y tú, en cambio, eres mansa.
Bajo tu planta, la serpiente
se convierte en paloma.
Tienes para nosotros, a escondidas,
un cajón de manzanas”.*

Si fuera necesaria una rectificación de puntos cardinales en la orientación

de nuestra religiosidad particular o social, Ella sería la única en quien podríamos confiar para atinar el rumbo seguro.

*“Tú nos vas a ayudar;
desviaremos el curso
inexorable de las cosas”.*

María iría redistribuyendo las funciones, gracias, virtudes, nexos preparatorios del nuevo paraíso cristiano.

*“¿Traes la paz?
Se la daremos al que no la tiene.
Haremos buenos a los hombres,
favorables los vientos, y abriremos
caminos en la mar.
Así podrá tu Hijo, cuando crezca,
caminar sobre el agua y no decir
que no nos trae la paz”.*

No hacen falta más citas. Omíto cosas de menos valor teológico, aunque de gran aliento poético. Omíto también las numerosas ideas acertadas que aportan otros versos del mismo poema. Ya digo que no intento una crítica de la composición ni de su autor —tan querido para mí—, sino de la mentalidad que, a retazos, se les infiltra. La posibilidad de que esa mentalidad esté difundida en hombres de cultura y buena voluntad es lo que me lleva a hacer algunas consideraciones sobre tan acuciante problema pastoral.

Causas de la desorientación

Aceptemos el hecho. Hay hombres cultos que se refugian en María como en la única roca de ternura, de humanidad, que es posible encontrar en una religión seca y sin jugo. Prefieren no pensar en Dios, no entablar un diálogo de reo a juez. Ven que es más dulce, más jugoso, el contacto con la Madre. Le han quitado las *florechillas* y las flores a la teología de la Trinidad. Han exprimido hasta el límite la naranja.

¿Quién es el responsable de esta desorientación teológica? ¿El predica-

dor perezoso o mal formado, que sale del paso con una soteriología rosa de bombón y exquisiteces, o con el folletín teológico de la madre con lágrimas, amparando a los hijos contra el talante destemplado del señor y amo? ¿La influencia de mentalidades heterodoxas, de tipo calvinista o pagano, con un Dios terrible y alejado, especie de Enigma o *Fatum* incomprensible e inevitable? No lo sé. Simplemente afirmo la posibilidad de una revisión en nuestra pastoral mariológica.

Yo me atrevería a hacer una pregunta: ¿Son muchos los hombres dispuestos a predicar a Cristo ante universitarios y personas de cultura? Y por Cristo entiendo a Jesús de Nazareth, Hijo de Dios, raíz y síntesis del Evangelio y de la vida apostólica.

Más aún: ¿no se habrá abusado a veces de la predicación mariana en la formación espiritual del niño y del adolescente? ¿Es que para un joven es más atractivo, a la hora de decidir sobre su pureza, el ejemplo virginal de María que el ejemplo virginal de Jesucristo? Y conste que no rechazo que se dé una devoción hondamente mariana. De lo que me quejo es de que pueda ser a veces exclusiva, absorbente, poco sensata. Critico, no el uso —bendito y santo uso— sino el *abuso*, con merma del amor y el conocimiento que un joven y un hombre maduro han de tener de Jesús. Critico esa teología facilitona que lleva a hacer creer en un dualismo, en un tira y afloja entre el Dios que exige y la Madre que excusa. Porque esto es grave. El día que nuestro Dios deje de ser tenido como Padre, habremos secado de raíz nuestro cristianismo. (Aunque también lo habríamos vaciado de su esencia, si nos fingiéramos un Dios, que fuera sólo Padre tolerante y bonachón, sin exigencias robustas y salvadoras para sus hijos). En ese sentido, son oportunas y necesarias las advertencias de José María Valverde. Hay peligro de envolver la mariología en “apoteosis espiritualistas”.

Soluciones posibles

Cada pastor de almas ha de plantearse el problema y ver las soluciones más eficaces para su grey. Me atrevo, sin embargo, a insinuar algo esencial, que nunca debe omitirse: la ilustración teológica, clara y decidida, sin tapujos, sobre el *Dios cristiano* y sobre *el papel cooperador de María Santísima*.

El Dios cristiano

Lo que la Teodicea o la pura razón nos dicen de Dios es, naturalmente, cierto. Pero no es toda la verdad. Nuestro Dios, como ha insistido Guardini, es un Dios distinto al de la pura ciencia metafísica. El Evangelio nos ha dado dimensiones desconocidas, que no niegan las filosóficas, pero que las superan. Nuestro Dios ama y no es soberbio. Basta mirar a Cristo para comprenderlo. La ternura de María, su humildad, su cariño, no nacen del hecho de ser madre, sino del hecho de ser Madre de Jesús, de haberle contemplado, dándole vueltas a todas sus cosas “dentro del corazón” (Lucas, 2, 51). Cuando nuestro poeta dice a la Señora:

*“Tú conoces a Dios, tú sabes
cómo hay que tratarlo
para que no se ofenda”,*

dice una gran verdad. El error está en concluir:

*“El es grande y hay días
en que además es infinitamente
caprichoso...”*

No. Los primeros versos del poema nos dan la verdadera solución:

*“Tú, sentada en tu silla, reina y
madre,
con tu hijo en el regazo, mientras
echa
Sevilla al vuelo su campanería”.*

¿Es comprensible —se diría un pagano— que el Sumo Trascendente vaya

a gusto en el regazo de una pobre aldeana galilea? ¿No es esto una blasfemia metafísica? ¿Qué filósofo pudo jamás imaginar esta sublime paradoja, este trono real para el Infinito, el Absoluto? El Dios de los Cristianos, decimos nosotros, no se desdeña, sin embargo, de ir sentado en las piernas de su madre, mientras las campanas glorifican su humildad y sencillez. Es un Dios que está cerca del hombre. "Ya no os he llamado siervos, sino amigos" (Juan, 15,15). Amistad que no es sólo del Hijo, sino también del Padre: "El Padre, El mismo, os ama" (Juan, 16, 27).

Recuerdo haber oído a un misionero algo que juzgo interesantísimo para ilustrar lo que digo. En un Colegio de misiones, se cantaban unos himnos en el patio y se rezaba una oración antes de las clases. Este era el momento de reconocer, en bloque, a los niños cristianos. Los paganos oraban recordadamente, con enorme reverencia. Los chicos cristianos —maravilloso instinto evangélico el de estos niños— lo hacían de un modo más campechano, familiarmente casi. La razón de esta actitud, menos religiosa en apariencia, era el sa-



ber que Aquél con quien hablaban, al rezar, era su Padre. He aquí una estupenda lección de cristianismo.

Sin un concepto claro del Dios cristiano, no hacemos nada en pastoral, por muchos criterios ascéticos que hayamos aprendido. Un Dios asimilado en las fuentes de la Escritura Sagrada y de la Teología. Nuestra misma devoción mariana se orientará, se hará más profunda, al entender la verdadera misión de nuestra Madre en la economía soteriológica. Y, en vez de ser obstáculo y tropiezo para los hombres que vienen al catolicismo, será faro luminoso que haga ver, más de lo que muchos podrían sospechar, la verdadera médula y raíz de la religión que quieren abrazar.

María como punto de división entre protestantismo y catolicismo

Porque la verdadera causa de la repugnancia del protestantismo a la mariología tiene cimientos doctrinales más hondos que la mera discusión de virginidad o no virginidad, concepción inmaculada o pecado original. Lo que al protestante le repugna es aceptar que María pueda tener alguna influencia en el plan sal-

vífico de Dios. No conciben que misión tan trascendental pueda ser encomendada a una simple criatura.

Presupuesto Teológico

Católicos y protestantes coincidimos en una afirmación que constituye el nervio central de la teología cristiana: la justificación del hombre es enteramente gratuita. La da Dios; no se merece. Es puramente regalo y don del Señor.

El protestantismo es, no obstante, más radical. He insistido en otro lugar (Proyección, núm. 27) en que el hereje sacrifica un extremo del dogma en aras de otro extremo que desorbita, exagerándolo. El catolicismo, con más sentido del *misterio*, salva los dos extremos, a riesgo de quedarse en algo menos claro, menos fácil, que se acata simplemente por la autoridad del Dios que lo ha revelado.

Consecuencias mariológicas

Algo de esto ocurre también en mariología. El protestante exagera el hecho de que la justificación es pura gracia de Dios, hasta el punto de negar todo valor salvífico al elemento humano. Dios es el único, el Trascendente; la criatura es la nada. Y la nada está radicalmente incapacitada para aportar algo a la economía de la salvación (1). En este sentido, María es una buena mujer, tal vez una mujer santa; incluso, si se quiere, virgen antes del parto, en el parto y después del parto. Hasta podrían admitirse algunos de esos privilegios "baratos", de esas florecillas, sobre las que hemos dialogado con Valverde. Es un hecho que en la actualidad hay una corriente mariana de gran fuerza dentro del protestantismo. Saben que pueden aceptar estas cosas, sin dejar de pensar en protestante. Hay, sin embargo un momento en el que hincan el pie y se resisten a dar un nuevo y definitivo paso para el acercamiento. Les repugna el que los católicos afirmemos que María es intercesora, medianera;

que María, simple criatura, signifique algo en los planes salvadores del Dios Trascendente. Les falta ese sentido humano del catolicismo para creer en un Dios que cuenta con la criatura. Ven a Dios como un Padre desconfiado que no se atreve a quitar al hijo las andaderas ni a soltarlo de la mano. Lo contrario exactamente que nosotros, que intuimos el gozo del Padre al contemplar las primeras pisadas, más o menos vacilantes, del hijito, mientras le va protegiendo y ayudando, con un respeto cariñoso para los naturales traspiés y faltas de equilibrio.

He aquí por qué nuestra mariología puede ser clave para orientar teológicamente a los hombres de cultura. Cuando ellos se persuadan de que en María están perfectamente sintetizadas nuestra posición de criaturas ante el Creador y nuestras relaciones religiosas con El; que María es la muestra y el argumento más acabado de que Dios, por Cristo, se ha injertado en la Historia, y la Historia —el hombre— en Dios; cuando entiendan esto y lo paladeen internamente, fervorosamente; entonces la devoción a la Virgen tendrá un sentido más profundo; será más efectiva en orden a la santidad, sin peligro de sensiblería y desviaciones tontas. Entonces podrá el intelectual gozarse incluso en los privilegios todos —aun en los que pueden parecer menos conformes a determinada mentalidad nuestra— de esta criatura maravillosa que ha entrado en una esfera superior, inabarcable para nuestra inteligencia de vuelo corto. Ella es la Madre de Dios: algo inaudito que, bien meditado, nos llevará suavemente, casi sin darnos cuenta, a la cifra y suma de todo el misterio evangélico y humano: a Jesús, hijo de Dios, muerto por amor a los hombres. Los poetas cantarán a la Madre del Dios Hermano. Serán capaces de repetir esos versos maravillosos que el mismo Aquilino escribiera en otra ocasión, ante el paso de la imagen en cruz, entregada, ofrecida, del "Cachorro":

*“Esta noche, Manuel, Tú sobre el río.
Tú sobre el puente prometiendo abrazos...”*

Manuel, no lo olvidemos, significa “Dios con nosotros”. Es decir : un Dios cercano, amigo.

(1) No quiero dejar ninguna oscuridad en el enunciado de las tesis católica y protestante. Nosotros, como los teólogos de la «Reforma», afirmamos que el Señor es el que salva; el Señor es el que da, «gratis», la gracia; y todo se hace según su inescrutable beneplácito. El hombre, de suyo, en el orden sobrenatural, no puede nada, ni un mero buen pensamiento. Sin embargo, afirmamos que la criatura no está al margen en esta economía en que va empeñada su propia salvación. La criatura entra, misteriosamente, en los planes de Dios. Nuestro Dios respeta —por una incomprensible condescendencia metafísica— a la criatura; cuenta con ella. Dios no está tan replegado en las alturas y en sus sublimes intimidades, tan poseído de Sí, tan por encima de las criaturas, que se desentienda de ellas. Dios tiende la mano al hombre para salvarlo; es esencial que lo haga,

pues el hombre, como hemos dicho, de sí nada puede; pero el Señor provoca un gesto del hombre en el que éste alarga su mano pidiendo la ayuda para ser salvado. La teología católica, pues, afirma que en este mismo gesto actúa, impulsándolo, la gracia de Dios. Pero también que es un gesto humano, realizado libremente por la criatura. Y desde luego rechaza con energía la actitud de los calvinistas que llegan a trazar, sin que les tiemble el pulso y el corazón, una bisectriz que escinde, por mero capricho de Dios, a predestinados y a precitos.

Permitaseme añadir, a título de información consoladora, que en algunos teólogos protestantes de categoría, hay un acercamiento a las posiciones católicas. No olvidemos que, en este problema, estamos tocando la raíz de las divergencias doctrinales entre nuestra teología y la de los hermanos separados de la llamada «Reforma».

